



La Sevilla del Siglo XVI



DE SEVILLA ¿QUÉ NO SE HABRÁ DICHO Y QUÉ NO PODRÁ DECIRSE? SEVILLA, EN VERSO Y PROSA ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS, LLENARÍA VOLÚMENES DE ALABANZAS, PORQUE LA CIUDAD ES BELLÍSIMA, ES SINGULAR ENTRE LAS CIUDADES ESPAÑOLAS Y ENTRE TODAS LAS DEL PLANETA, PERO ADEMÁS TIENE SU ESTRELLA, «LA ESTRELLA DE SEVILLA», PARA DECIRLO CON UN TÍTULO LOPEVE. GUESCO. ESA BUENA ESTRELLA DE SU SEDUCCIÓN, SU ALEGRÍA, LA MAGIA DE SU AIRE, SUS CALLES, SUS MONUMENTOS Y SU MISTERIO; ALGO QUE PRODUCE ANHELOS DE AMAR Y DE VIVIR Y QUE ALLÍ SE SIENTE COMO EN NINGUNA PARTE.

«SEVILLITA, QUIEN TE VIÓ, NUNCA JAMÁS TE OLVIDÓ», DICE UN REFRÁN CASTELLANO, ENCERRANDO EN POCAS PALABRAS LA HUELLA INDELEBLE QUE DEJA EN EL ESPÍRITU LA CONTEMPLACIÓN DE LA CIUDAD.

HAY EN EL «QUIJOTE» UN PASAJE EN QUE APARECE SEVILLA COMO LUGAR PROPICIO A LA AVENTURA. ES EN EL CAPÍTULO XIV DE LA PRIMERA PARTE, «DONDE SE PONEN LOS VERSOS DESESPERADOS DEL DIFUNTO PASTOR». CUANDO DON QUIJOTE SE DESPIDE DE SUS HUÉSPEDES Y DE LOS CAMINANTES, «LE ROGARON SE VINIESE CON ELLOS A SEVILLA, POR SER LUGAR TAN ACOMODADO A HALLAR AVENTURAS, QUE EN CADA CALLE Y TRAS CADA ESQUINA SE OFRECEN MÁS QUE EN OTRO ALGUNO. LA GRANDEZA, OPULENCIA Y COSMOPOLITISMO DE LA SEVILLA ANTAÑOÑA OFRECÍAN, EN EFECTO, CAMPO DE ACCIÓN A TODOS LOS TRAVIESOS Y DELINCUENTES, «PESCADORES Y MARISCADORES EN SECO», COMO DECÍA UN INTÉRPRETE DE CERVANTES. PERO AUNQUE ESTA SEA LA EXÉGESIS HISTÓRICA Y RIGUROSA DEL PASAJE CERVANTINO, SIMBÓLICAMENTE TIENE OTRA. PORQUE DON QUIJOTE SE NEGÓ A IR A SEVILLA, COMO RECORDARÁ EL LECTOR. «DIJO QUE POR ENTONCES NO QUERRÍA NI DEBÍA IR A SEVILLA, HASTA QUE HUBIESE DESPEJADO TODAS AQUELLAS SIERRAS DE LADRONES MALANDRINES...» SEVILLA REPRESENTA AQUÍ LA TENTACIÓN FRENTE AL DEBER. DON QUIJOTE ERA DON QUIJOTE Y NO PODÍA IR A SOLAZARSE, A REFOCLARSE EN EL REGAZO GENTIL DE SEVILLA, PAZ, DESCANSO Y REGALO PARA EL ALMA Y LOS SENTIDOS DEL HOMBRE, SIN ANTES CUMPLIR SU OBLIGACIÓN DE CABALLERO ANDANTE.

SEVILLA ES TAN ENCANTADORA QUE SIEMPRE TIENTA A DEJARLO TODO POR VERLA Y ABRAZARLA.

HEMOS SELECCIONADO UNOS PÁRRAFOS MODERNOS SOBRE EL TEMA, UNOS LAUDES RECIENTES. CABRÍA HACERLO CON PÁGINAS ANTIGUAS, PERO HEMOS PREFERIDO LAS NUEVAS, ACASO MENOS CONOCIDAS DEL LECTOR, SEGÚN OCURRE MUCHAS VECES, EN QUE LO CONTEMPORÁNEO NO ES TAN FRECUENTADO COMO LO YA TENIDO POR CLÁSICO. MONTOTO DESCRIBE LA SEVILLA DEL SIGLO XVI; PEÑÁN, EL PARQUE DE MARÍA LUISA; «ÁZORÍN», LA CATEDRAL Y LAS CALLES; LUCA DE TENA, EL AIRE Y LA FRAGANCIA, Y SALINAS, LA SENSACIÓN DE LA CIUDAD RECORRIDA EN AUTOMÓVIL. PÁGINAS BELLAS QUE RECOGEN ESA IMPRESIÓN DE ETERNIDAD Y A LA VEZ DE ACTUALIDAD VIVA EN QUE SEVILLA NOS ENVUELVE CUANDO PASEAMOS POR SUS CALLES O LA MIRAMOS CON EMBELESO DESDE SUS TORRES.

JOSE LUIS VAZQUEZ DODERO

ciudad, donde se levantan la Aduana y la Casa de la Moneda; la Macarena se adecenta con el hospital que construyó la generosidad de los Ribera, y, ya en las postrimerías del siglo, de la infecta Laguna, al final de la calle del Puerco, se hace un magnífico paseo decorado con árboles, fuentes y estatuas. No obstante estas grandes reformas, la ciudad conserva su aspecto que heredara de la Edad Media. Sus muros, sus torres y puertas se mantenían en su primitivo trazado, que, poco a poco e insensiblemente, van perdiendo; pues en los reparos y obras que se hacen en estas defensas, los años y los adelantos guerreros imprimen nuevo carácter. Estas modifi-

caciones se manifestaron más intensamente en las puertas de las murallas. Se alteraron algunas notablemente, como las de Triana, que se hizo del todo nueva, la Real, la de la Carne, la del Arenal, la de la Macarena, y se abrieron nuevos postigos, habida cuenta del extraordinario desarrollo del comercio, y, por ende, de la circulación, que trajo el trato con las Indias.

Conservaba, pues, Sevilla su forma casi redonda, que le diera al amurallarla Julio César. Sus alrededores, bellísimos, tan celebrados por los viajeros, se poblaron de muy diversas maneras. Surgen barrios nuevos, y conventos y monasterios, que no buscan ya el amparo de los muros, seguros de la tranquilidad y poderío del reino. De los extramuros de Sevilla ninguno alcanzó la importancia del Arenal famoso, merced al desarrollo de su puerto, entonces el de más importancia de Europa por el trato con las Indias. ¿Cuál del universo mundo podía compararsele?

SANTIAGO MONTOTO: Sevilla en el Imperio.



Ya dije en alguna ocasión que Andalucía es el triunfo de los valores eternos sobre los pasajeros y mudables. Una vez más, en el Parque de María Luisa, iluminado estos días, se ha comprobado mi doctrina.

Por esa virtud absorbente y triunfadora de todo lo andaluz, el Parque de María Luisa se ha hecho, en unos años, intensamente sevillano. No se puede estar al lado de Sevilla o de Córdoba sin ser rápidamente atraído, sorbido, tragado por ellas. Esto le ha pasado al Parque de María Luisa. Hace poco tiempo que se hizo; trabajaron en él jardineros extranjeros, sin ajustarse a ningún patrón de localismo forzado; tiene trozos que lo mismo pudieran hallarse en un jardín de París o de Londres. No importa: Sevilla, en unos años, lo ha atraído a sí, lo ha impregnado de ella. Hoy día ya ese nombre gracioso



Poco había variado, en los comienzos del siglo XVI, la estructura de la Sevilla medioeval. Circundada de fuertes murallas y torres, conservaba el trazado de los siglos anteriores. Calles estrechísimas y tortuosas, que formaban pequeñas manzanas, comunicadas muchas por arcos y travesías techadas, no pocas con soporales y amplios voladizos, constituían el casco de la urbe, en el que, no obstante, se encontraban hermosos edificios: palacios, iglesias y monasterios, con grandes huertas y misteriosos jardines, aun en los parajes más céntricos, como el convento de San Francisco y el palacio del Duque de Medina Sidonia.

La ciudad sufre su mayor transformación en esta época. La construcción—que hoy llamamos urbana—experimenta notables modificaciones, de las que un historiador de esos años, Alonso Morgado, se hace eco. Grandiosos edificios se concluyeron en estas calendas, como la catedral famosa, empezada en el siglo XV; la Casa de la Contratación; la Lonja; las Casas Capitulares; el Hospital de la Sangre; la Casa de Pilatos; la Audiencia de Grados; los mercados de la ciudad; la Casa de la Moneda; la Aduana; la terminación de la torre de la Basílica, y un sinnúmero de iglesias y conventos, palacios y casas solariegas.

A estas manifestaciones arquitectónicas, correspondía el adecentamiento de la población; no sólo se mandan limpiar las calles, sino que el Cabildo se ocupa de su pavimentación, arrecifándolas o empedrándolas o ladrillándolas: unas veces por propia iniciativa y otras acatando cartas reales. En todo el siglo XVI se mejora constantemente el pavimento de las calles. En los libros de caja del Ayuntamiento pueden seguirse con exactitud las importantísimas labores realizadas.

Se realizan multitud de ensanches, como el derivado de la erección de la Casa Lonja, desapareciendo las callejas de los costados de la catedral y de las murallas del Alcázar; se edifica en terrenos inmundos, como los adosados al muro de la

y femenino—el Parque de María Luisa—es algo que suena tan a sevillano, que puede entrar sin desdoro al lado de la Alameda de Hércules o del puente de Triana, en los versos de una copla.

Pues bien; el Parque de María Luisa, iniciado ya por Sevilla en sus secretos, ha aprendido el arte andalucísimo de triunfar callada y suavemente de las cosas...

Ahora, lector, acaba de triunfar ruidosamente de esa reina blanca, moderna y utilitaria, que es la electricidad. Sevilla, la emperadora de dinastía secular y mitológica, ha cogido a la reina advenediza e improvisada, y haciéndola tomar oficio de azafata o camarera, la ha dicho con imperio: «Deja un momento tus fábricas y tus motores y ven aquí a vestirme de luz y de fiesta mi Parque de María Luisa.»

Y la pobre electricidad se ha hincado de rodillas y se ha puesto a vestir al Parque de colores y a enjorarlo de bombillas, con el esmero de una modista que, para el día de sus bodas, vistiera a una infanta, ante la mirada de su madre la Reina: con sus manos de luz ha cuajado los árboles de frutos extraños; y las fuentes y los surtidores, tocados de su magia, se han teñido de colores de cuento. ¿Qué pensarán los pájaros desvelados en los nuevos follajes azules y amarillos? Y los peces inquietos, ¿qué pensarán en los estanques rosa?

La reina blanca, brillante y artificial como una «nueva rica», ha venido a convertirse en esclava y servidora de la gracia y la belleza. Es una vez más el triunfo de lo eterno. No cabe victoria más sevillana...

Los reflectores, los cables, los fusores, los reóstatos, toda esa plebe industrial que, con su falso brillo de níquel, vemos triunfar tan fanfarronamente en la vida moderna, anda hoy en el Parque de María Luisa como avergonzada de sí misma, escondiéndose tras los troncos o agazapándose entre las flores. Todos esos aparatos que lucen, tan engréidos, en las calles modernas, son allí los lacayos, los servidores, los vencidos. En el Parque, todo el triunfo, todo el honor es para las fuentes, para las rosas, para los árboles, para las únicas tres o cuatro cosas dignas de los dioses que, según Catulo, hay en la vida...

JOSÉ MARÍA PEMÁN: *La eternamente vencedora.*



El auto, ceñido estrechamente a derecha e izquierda por casas, empezaba su heroico viaje. La calle, inmóvil, pero poseída con la marcha del coche de una actividad vertiginosa y teatral, empezó a desplegar formas, líneas, espacios multicolores y cambiantes, rotos, reanudados a cada instante, sin coherencia alguna y con

idéntica rapidez y destreza con que muestra un prestimano los colorinescos objetos que le van a servir en su juego, más que para que el público los vea, con el malicioso propósito de que su rauda sucesión cree una imagen confusa y apta para cualquier engaño en la mirada del espectador. Sí, probablemente, en cuanto todo aquello se aquietara, de esta confusión de colores iba a salir, limpia y total, Sevilla, ofrecida como en la palma de una mano hábil en la llanada del Guadalquivir. Pero por ahora no se veían ni ciudad, ni calles, ni siquiera sus últimos elementos, casas. Todo lo que aprehendían los ojos eran fragmentos, cortes y paños de muros, rosa, verde, azul, y de trecho en trecho, como un punto redondo y negro que intenta dar apariencias de orden a una prosa en tumulto, un portal en el que se hundía la mirada siempre demasiado tarde, porque apenas llegada a la cancela y dudosa de por cuál de aquellos geométricos pasajes entraría en el presentido patio, ya empezaba de nuevo otra cosa, dejándose atrás aquella; una pared de colores, la arista de una esquina brusca, una reja, cerrada casi siempre, pero que una vez mostró con patética prisa, cautiva detrás de sus barrotes como una gacela, una luz ternísima y sin nadie, de cuarto ha-

bitado, de cuarto de donde se acaba de ir, adonde volverá dentro de un momento alguien que nunca veremos.

...De cuando en cuando miraba hacia arriba; precipitado desfile de miradores torcidos, de balcones desenfocados, todos herméticos y sin gente; y más alto el cielo, vereda azul, escasa y blanda, entre márgenes de claveles y geranios, por las macetas de las azoteas, veredita estrecha por la que habría que caminar de uno en uno, y aun así imposible de pasar ahora, porque en medio se había dormido, aplomada y quieta, una aborregada nube sin oficio... La ciudad no se definía, lejos, depurada y distinta, sino que vivía, cerca, complicadísima, esquivaba siempre a la línea recta, complacida como cuerpo de bailarina en gentiles quiebros y sinuosidades.

PEDRO SALINAS: *Víspera del gozo.*



He llegado a la catedral y he entrado al Patio de los Naranjos. En el centro hay una fuente. Su piedra es negruzca y gastada; hay en la alberca una agua verdinegra y muerta; cae de la taza de arriba un hilillo imperceptible de agua, que se desgrana en notas y no hace ruido al caer sobre las aguas muertas. A un lado se yergue la Giralda; tocan unas campanas; unos avechuchos de elásticas y rojizas alas giran en vuelos automáticos, se posan entre los intersticios de las piedras, reaparecen, dan vueltas, se esconden otra vez, vuelan lentos, silenciosos, caprichosos de nuevo. Hay una profunda calma en este patio y en esta hora de la mañana. Se desprende una sensación de olvido y de serenidad de esta fuente silenciosa, de estas piedras seculares y negras, de este cielo azul y limpio, del vuelo elástico y callado de estas aves, del son lento y cristalino de esta campana.

He entrado en la catedral y he recorrido las vastas naves. La catedral de Sevilla es un mundo; existe en ella multitud de capillas, de sacristías, de patios. Yo diría ahora la atracción profunda de estas capillas apartadas, casi ignoradas, que el público de forasteros mundanos apenas frecuenta. Hay en las catedrales españolas unas capillas sin riquezas artísticas, pobres, casi desnudas, que parece que tienen un atractivo mayor que las opulentas y fastuosas. No se puede ver nada en ellas; en sus paredes no cuelga sino algún cuadro insignificante; las cierra una verja vulgar. Y, sin embargo, ¡qué misterio, qué encanto, qué atracción poderosa hay en estas capillas pobres, ignoradas, apartadas, sólo frecuentadas por alguna viejecita que ora en un rincón, solitaria, inmóvil!

He salido de la catedral y he vuelto a recorrer el dédalo de las callejuelas angostas. La ciudad había ya despertado. Veía hombres con chaquetillas mugrientas, con las caras escuá-

das. En los bancos de las plazas estaban muchos sentados, dormitando, y tomaban el sol. He pasado por la calle de las Serpes, llena de barberías, limpiabotas y pequeños casinos. Detrás de unos anchos y altos cristales había sentados muchos señoritos. La calle rebullía de gentes que van y vienen, que charlan, que gritan; no pasan coches por ella; es estrechita y con baldosas en el piso. He salido de esta calle y he entrado, al azar, en varias iglesias: en la del Cristo del Gran Poder, en la del Cristo del Perdón, en la de la Virgen del Mayor Dolor. Las plazuelas que atravesaba estaban desiertas; a lo lejos veía muchos tejados llenos de hierba, llenos de una vegetación verde y tupida. He leído por todas las callejuelas, en las paredes blancas, escritos con carbón, en letras desiguales, letreros como estos: *Torea «Tabernerito», Torea «Sapaterito», Torea el «Inmediato»*. Toda la ciudad está llena de estos rótulos. Tales toreadores, ¿son los que ahora están en ciernes y mañana serán en todas las plazas del reino una esplendorosa realidad?

Tenía en el espíritu una sensación de placidez y de optimismo. No me sucedía nada ni pensaba en nada. He vuelto a mi fondita, me he sentado en el patio en una mecedora y he comenzado a leer un periódico.

«AZORÍN»: *España.*



Una de las particularidades de Sevilla y, a mi juicio, de las que más contribuyen a la formación de su ambiente exclusivo, consiste en el encanto que en ella perciben nuestros sentidos. De los cinco, acaso el más perenne, el que menos descansa en Sevilla, sea el olfato. Sevilla huele a un perfume voluptuoso, encantador, único, que también tiene su solera como un pase natural, como un sainete de los Quintero, como una *saeta* o como la imagen de la Virgen de la Esperanza, porque a diez kilómetros de sus contornos no huele lo mismo. Cuando en automóvil o en ferrocarril nos vamos aproximando en ciertas épocas del año, los primeros efluvios llegan al olfato al mismo tiempo que los ojos descubren la airosa silueta de la Giralda, que se yergue dominante. No cabe dudar que estamos en Sevilla, ni aun cerrando los ojos, porque su perfume inconfundible nos emborracha ya. Recordemos que en el mismo centro de la población existen varios jardines magníficos y enormes, cuajados de flores y de acacias, y que la mayoría de sus plantaciones son olorosas. El Parque de María Luisa, los jardines del Alcázar, los de Murillo, las Delicias, varios cientos de jardines particulares, huertos emplazados en el corazón mismo de la ciudad, como aquel de Las Campanillas, primorosamente reproducido por los Quintero en su bella comedia titulada *Las Flores*; los naranjales y limoneros que se extienden por los contornos, los miles de macetas que adornan casi todos los balcones y azoteas—¡oh, la azotea quinteriana de *Esperancilla* en el ambiente primaveral de la vida y del año!—producen, mezclado quizá con las emanaciones del río, ese aroma especial. Los del azahar y la acacia predominan sobre todos. Huele a Sevilla y se masca el aire con delicia. Es quizá la razón que justifica la sobriedad alimenticia de los sevillanos. Se alimentan del aire, porque el aire puede saborearse como una fruta. Se siente allí, como en ninguna parte del mundo, el placer de respirar.

Para contemplar el brillante colorido, la gracia chispeante y la donosura gentil de Sevilla, subid conmigo hasta la cúspide más alta del Giraldirillo, por donde el aire, borracho de aromas, después de besar la tierra, las flores, las piedras, los lienzos, los pergaminos, las inscripciones, las imágenes y las frentes morenas de las doncellas sevillanas, pasa, convertido en solera, camino del cielo.

JUAN IGNACIO LUCA DE TENA:
Sevilla y el Teatro de los Quintero.

